

ZELMIRA SELIGMANN

Pontificia Universidad Católica Argentina
Santa María de los Buenos Aires
Argentina
zelmira_seligmann@hotmail.com

La desaparición de la persona en la Psicología contemporánea

Si nos atenemos a la definición de persona de Boecio «substancia individual de naturaleza racional», veremos cómo diferentes autores de la psicología contemporánea niegan los términos de la definición, cuya consecuencia es la desaparición de la persona en sí. Analizaremos el pensamiento de dos psiquiatras que han tenido una influencia decisiva en el desarrollo de la Psicología contemporánea, Sigmund Freud y Jacques Lacan, y un psicólogo, Michel Foucault, quien tiene un gran ascendiente no solo en este ámbito, sino especialmente en el de la cultura general.

1. Sigmund Freud (1856-1939)

Para este psiquiatra, mal llamado «el padre de la psicología», el principal dinamismo que mueve las conductas de los individuos se da en un nivel inconsciente y desconocido. De allí surgen las pulsiones fundamentales: la libido (o instinto sexual) y el instinto de muerte, que es el principal, según afirma el mismo S. Freud al finalizar su obra *Más allá del principio del placer*. Lo más llamativo de esta teoría es que lo que permitiría conocer a la persona (Freud en realidad habla casi siempre de «individuo») —y en lo que fundamenta toda su «ciencia»— es esta zona oscura, oculta, frecuentemente inaccesible, sin lógica, inconsciente e irracional, o sea, lo más impersonal. Parecería que el sujeto vive y actúa según un otro que lo induce a la acción.

Artículo recibido el 10 /05/ 2016; aceptado el 16 /06/ 2016

SAPIENTIA / AÑO 2016, VOL. LXXII, FASC. 239 - PP 89 - 98

Freud remarca la importancia de dos hechos importantes en los principios de sus «descubrimientos»: la hipnosis y los sueños. Podría objetarse que su interés era de velar lo desconocido que había en el inconsciente y que desde allí se manifestaba; pero, sin embargo, quiere dejar claro —y como conclusión de su obra— que el psicoanálisis: «Originariamente, no constituía sino el nombre de un método terapéutico especial, pero ahora ha llegado a convertirse en el nombre de una ciencia, de la ciencia de lo psíquico inconsciente¹». Así deja claramente asentado que lo anímico, que él quería estudiar, es principalmente lo inconsciente. En su *Autobiografía* de 1925 dice: «Para el psicoanálisis todo es, en un principio, inconsciente, y la cualidad de la conciencia puede agregarse después o faltar en absoluto².»

Esta característica ha sido muy criticada por rigurosos científicos contemporáneos. El famoso psiquiatra español Juan José López Ibor relaciona estas afirmaciones con la conocida adicción de Freud a la cocaína, que lo sumergía en una despersonalización patológica y que luego lo llevaría como experiencia a la nueva «ciencia» que será el psicoanálisis. Afirma López Ibor: «La cocaína le facilitaba la iluminación de su inconsciente [...] mediante las alucinaciones cocaínicas Freud penetró en el inconsciente, inauguró su autoanálisis y también la interpretación de los sueños. [...] La droga le sacó de su vida académica y le hizo penetrar en el submundo de lo inconsciente. El relato de los sueños es siempre algo que no pertenece a la razón, ni por consiguiente a la ciencia³». López Ibor critica duramente la pretensión de construir una ciencia sobre este contenido impersonal⁴.

¹ S. FREUD, *Autobiografía* (1925), en *Obras Completas*, Volumen II, Madrid 1948, traducción directa del alemán por Luis López-Ballesteros y de Torres, p. 950.

² *Ibidem*, p. 932.

³ J.J. LÓPEZ IBOR, *Freud y sus ocultos dioses*, Barcelona, 1975, p. 185.

⁴ *Idem*.

2. Jacques Marie Lacan (1901-1981)

La teoría lacaniana basa sus planteos en un retorno a Freud, pero en relación a la *palabra* como instrumento del inconsciente. Afirmando que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, fundamenta su teoría del sujeto como signifiante y resultado de la escisión radical entre el ser y el decir. Para Lacan se dan tres registros: el real, el imaginario y el simbólico. Complementa esto con el tema de la identificación y la dinámica del deseo, donde hay una relación entre el sujeto, el objeto y el Otro.

Lacan dice que el amor hace aparecer al Otro. El otro es el que se pone de manifiesto en la palabra, es el que habla. Dice Lacan:

A mí me parece que el Otro, presentado en la época de *Instancia de la letra* como lugar de la palabra, era una manera, no diré de laicizar, pero sí de exorcizar al buen Dios. Después de todo, hay mucha gente que me felicita por haber sabido postular en uno de mis últimos seminarios que Dios no existe. Evidentemente oyen, oyen, pero desafortunadamente comprenden, y lo que comprenden es un poco precipitado. El modo bajo el cual existe no será tal vez del agrado de todo el mundo, y en especial de los teólogos [...] no estoy del todo en la misma posición, porque tengo que vérmelas con el Otro⁵.

El otro es el que habla exteriormente y —desde el lenguaje— crea algo nuevo, simbólico, donde se invierte el orden de lo real, «exorcizando», o sea sacando a Dios, dejándolo de lado como principio del ser y de toda la realidad.

Para Lacan el hombre no tiene esencia ni existencia, es solo «*ser-hablante*» (*parlêtre*). Dice expresamente que «el hecho mismo de hablar le posibilita la mentira⁶» y la creación de algo que no es. No hay ser ni realidad, solo este «hablar» del Otro desde el inconsciente y que toma *como* una consistencia subjetiva cuando se le pregunta ¿qué quieres de mí? y se realiza el deseo, que es el deseo del Otro.

⁵J. LACAN, *El Seminario 20, Dios y el goce de la mujer*, pp. 84-85.

⁶J. LACAN, *El Seminario 20, El triunfo de la religión*, p. 27.

El *Diccionario de Psicoanálisis* dice que el *otro*: «Constituye fundamentalmente aquello a partir de lo cual se ordena la vida psíquica⁷». Esto quiere decir que toda la vida psíquica, la vida del hombre, sus conductas, su fin, se organiza según este Otro que habla desde afuera. El psicoanálisis lacaniano invita a vivir la experiencia de dejarse seducir por ese *otro* y perderse, dejar de ser sujeto para fundirse en el Otro que habla, para sumergirse en una vida vacía de ser.

Lacan da mucha importancia al *goce* que corresponde al deseo del sujeto hablante, que experimenta un «usufructo» respecto de lo deseado. Nuevamente recurrimos al *Diccionario de Psicoanálisis* a fin de que nos oriente en estos términos usados por Lacan. Refiriéndose a esta noción lacaniana de *goce*, dice lo siguiente:

A este lugar del lenguaje Lacan lo denomina el gran Otro. Toda la dificultad de éste término goce viene de su relación con el gran Otro. [...] El lenguaje mismo no está marcado por una positividad sustancial: es un defecto en la pureza muda del No-Ser. [...] Desde el principio, el goce intrincado en el lenguaje está marcado por la falta y no por la plenitud del Ser. [...] si el goce hace «languidecer» al Ser, es porque no le da la sustancia esperada y no hace del Ser más que un efecto de «lengua». [...] La noción de Ser queda así desplazada⁸.

3. Michel Foucault (1926-1984)

El filósofo y psicólogo⁹ Michel Foucault, (1926-1984), muy estudiado por los psicólogos de hoy en día, quien concurría a los seminarios del psiquiatra francés Jacques Lacan pues comparte buena parte de su pensamiento, en su libro publicado en 1966 *Las palabras y las cosas* (considerado por algunos su obra capital), y especialmente en un capítulo intitulado *El hombre y sus dobles*, pone de manifiesto esta idea de que el sujeto desaparece bajo el peso de los «dobles» (y de los «otros») que

⁷R. CHEMAMA, *Diccionario de Psicoanálisis*, Amorrortu, Buenos Aires, 1998, p. 310; voz: Otro.

⁸R. CHEMAMA, *Diccionario de Psicoanálisis*, pp. 193-195; voz: goce.

ocupan el lugar del mismo hombre. Estos «dobles» son el lenguaje, el trabajo y la vida. Lo expresa de la siguiente manera:

En un sentido, el hombre está dominado por el trabajo, la vida y el lenguaje; su existencia concreta encuentra en ellos sus determinaciones; no es posible tener acceso a él sino a través de sus palabras, de su organismo, de los objetos que fabrica —como si primero ellos (y quizás solo ellos) detentaran la verdad—. [...] Todos estos contenidos que su saber le revela como exteriores a él y más viejos que su nacimiento lo anticipan, lo denominan con toda su solidez y lo atraviesan como si no fuera más que un objeto natural o un rostro que ha de borrarse en la historia¹⁰.

Estos «dobles» destruyen la unidad personal y eliminan el verdadero ser del hombre, que pasa a ser solo un objeto que se conoce por cosas exteriores (las palabras, el organismo, lo que hace) y que se pierde en el devenir histórico.

Haciendo un análisis de la obra de Diego Velazquez *Las Meninas* dice Foucault que hay que reconocer la ley del juego de las representaciones como «un golpe de teatro artificial», donde es fácil ver la ausencia del sujeto, pues es el «espectador» el principal protagonista, el que plantea como objeto la escena representada. Dice así:

Todas las líneas interiores del cuadro y, sobre todo las que vienen del reflejo central, apuntan hacia aquello mismo que es representado, pero que está ausente. Es a la vez objeto —ya que es lo que el artista representado está en vías de volver a copiar sobre su tela— y sujeto —ya que lo que el pintor tenía ante sus ojos, al representarse en su trabajo, era él mismo, dado que las miradas figuradas sobre el cuadro se dirigen hacia este emplazamiento ficticio del personaje regio que es el lugar real del pintor, por cuanto en última instancia, el huésped de este lugar ambiguo en el que alternan como en un parpadeo sin límite el pintor y el soberano, es el espectador, cuya mirada transforma el cuadro en un objeto, representación pura de esa carencia esencial¹¹.

⁹ Obtuvo no solo la licenciatura en Filosofía, sino también en Psicología.

¹⁰ M. FOUCAULT, *Las palabras y las cosas*, Siglo veintiuno, Buenos Aires, 2014, p. 327.

¹¹ *Ibidem*, pp. 321-322.

Anteriormente había planteado el tema del lenguaje (al igual que Lacan), donde afirmaba que detrás de las palabras no hay un sujeto que habla, sino las palabras mismas que necesitan «liberarse de los contenidos silenciosos que las enajenaban¹²». Dice Foucault: «A esta pregunta nietzscheana: ¿quién habla? responde Mallarmé y no deja de retomar su respuesta al decir que quien habla, en su soledad, en su frágil vibración, en su nada, es la palabra misma —no el sentido de la palabra, sino su ser enigmático y precario¹³».

Foucault se sumerge en el tema del inconsciente, analizando lo que llama lo *impensado*, frente al *cogito*. Si el *pienso* de Descartes nos descubre el *existo*, lo *impensado* nos enfrenta a la dualidad, a ese Otro que crece y camina al lado nuestro como una sombra, en un hombre vaciado de su propio ser. Dice Foucault que frente a la pregunta «¿Qué es, pues, ese ser que centellea y, por así decirlo, parpadea en la abertura del *cogito* pero que no está dado soberanamente en él y por él¹⁴?». Responde diciendo que:

Concierne a la relación entre el hombre y lo impensado o, más exactamente, a su aparición gemela en la cultura occidental. Se tiene fácilmente la impresión de que, a partir del momento en que el hombre se constituyó como una figura positiva en el campo del saber, el viejo privilegio del conocimiento reflexivo, del pensamiento que se piensa a sí mismo, no podía menos que desaparecer; pero que por ese hecho mismo era dado a un pensamiento objetivo el recorrer al hombre por entero, a riesgo de descubrir allí precisamente aquello que jamás puede darse a su reflexión y ni aun a su conciencia: mecanismos oscuros, determinaciones sin figura, todo un paisaje de sombras que directa o indirectamente ha sido llamado el inconsciente. [...] Lo impensado (sea cual fuere el nombre que se le dé) no está alojado en el hombre como una naturaleza retorcida o una historia que se hubiera estratificado allí; es, en relación con el hombre, lo Otro; lo otro fraterno y gemelo, nacido no de él ni en él, sino a su lado y al

¹² *Ibidem*, p. 319.

¹³ *Idem*.

¹⁴ *Ibidem*, p. 338.

mismo tiempo, en una novedad idéntica, en una dualidad sin recurso¹⁵.

Este inconsciente oscuro e irracional, es lo que se pone de manifiesto cuando la persona se desvanece.

El hombre que no tiene un sustrato ontológico de sus acciones, el que se mueve por lo inconsciente, por lo impensado, el que se constituye como objeto frente a las miradas de los otros, el que habla palabras vacías de contenido (porque «se han liberado» de significado y de alguien que las sustente), no existe como persona, ha perdido su propio ser.

Este hombre, despersonalizado, tampoco tiene una forma de comportamiento o conductas que les sean propios o que correspondan a su propio bien, sino que lo que existe es una acción desvinculada, aislada del ser (que no está), vacía de racionalidad, que lo enajenan negando toda moral posible. Dice Foucault:

Para el pensamiento moderno no hay moral posible; pues, a partir del siglo XIX, el pensamiento «salió» ya de sí mismo en su propio ser, ya no es teoría; desde el momento en que piensa, bendice o reconcilia, acerca o aleja, rompe, disocia, anuda o reanuda, no puede abstenerse de liberar y de sojuzgar. Antes de prescribir, de esbozar un futuro, de decir lo que hay que hacer, antes aun de exhortar o solo de dar el alerta, el pensamiento, al ras de su existencia, de su forma más matinal, es en sí mismo una acción, un acto peligroso. Sade, Nietzsche, Artaud y Bataille lo supieron por todos aquellos que quisieron ignorarlo; pero también es cierto que Hegel, Marx y Freud lo sabían¹⁶.

Insertándose en el pensamiento hegeliano donde no hay sujeto y el hombre se pierde en una historicidad que lo supera, Foucault manifiesta este vacío ontológico donde la persona se desvanece en un devenir que es principalmente un retorno al inicio. Afirma:

Lo originario, tal como no ha dejado de describirlo el pensamiento moderno a partir de la *Fenomenología del Espíritu*,

¹⁵ *Ibidem*, p. 339.

¹⁶ *Ibidem*, p. 341.

[...] lo originario en el hombre es aquello que, desde el comienzo del juego, lo articula sobre otra cosa que no es él mismo; es aquello que introduce en su experiencia contenidos y formas más antiguas que él, y que no domina; es aquello que, al ligarlo a múltiples cronologías, entrecruzadas, irreductibles con frecuencia unas a otras, lo dispersa a través del tiempo y lo arroja en medio de la duración de las cosas. [...] el origen se perfila a través del tiempo; pero esta vez es el retroceso en el porvenir¹⁷....

Foucault expresa, como conclusión de la obra analizada, que el hombre es una construcción, una invención; que lo que se sabe de él es algo restrictivo de una cultura o de un momento histórico, pero no existe un sustrato y por lo tanto tampoco la persona. Si cambia la cultura, el hombre cambiará o simplemente desaparecerá; así se declara definitivamente la muerte del hombre como persona. Dice: «Al tomar una cronología relativamente breve y un corte geográfico restringido —la cultura europea a partir del siglo XVI— puede estarse seguro de que el hombre es una invención reciente. [...] El hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento. Y quizás también su próximo fin¹⁸.»

El estructuralismo y la insistencia en la *palabra*, plantea similitudes con el pensamiento del psiquiatra Jacques Lacan, pero para Foucault así como «Dios ha muerto» se da ahora la muerte del hombre, porque el hombre como sujeto desaparece cuando tiene que responder a su propia finitud. Dice M. Foucault:

En nuestros días —y Nietzsche señala aquí también el punto de inflexión— lo que se afirma no es tanto la ausencia o muerte de Dios, sino el fin del hombre [...] se descubre entonces que la muerte de Dios y el último hombre han partido unidos. [...] Así, el último hombre es a la vez más viejo y más joven que la muerte de Dios; dado que ha matado a Dios, es él mismo quien debe responder a su propia finitud; pero dado

¹⁷ *Ibidem*, pp. 344-345.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 397-398.

que habla, piensa y existe en la muerte de Dios, su asesino está avocado él mismo a morir; dioses nuevos, los mismos, hinchan ya el Océano futuro; el hombre va a desaparecer¹⁹.

Ciertamente si negamos al creador, no hay creatura; la muerte de Dios lleva necesariamente a la muerte del hombre. La negación del fin último es uno de los principales problemas de la Psicología contemporánea; por eso se pierde la noción de unidad personal, y se plantea la multiplicidad de elementos, la diversificación de conductas aisladas sin sustento en el ser, que escinden la personalidad (y la enferman), porque el fin unifica.

4. Conclusión

La psicología contemporánea, que ha planteado con tanta insistencia el problema del hombre: sus comportamientos, sus motivaciones más profundas y, especialmente, desde una posición más práctica, la problemática de la normalidad y la patología, tiene entre sus principales representantes aquellos que niegan que el hombre sea persona.

Ya está suficientemente demostrada la influencia de la filosofía moderna y contemporánea, especialmente de Nietzsche, en la constitución del psicoanálisis y en el desarrollo de la mayoría de las corrientes de psicología. Para este autor la psicología debía ser considerada la «reina de las ciencias²⁰»; y no podemos dejar de ver que su proyecto se ha hecho realidad. No desconocemos, por lo tanto, la importancia que en la actualidad se le da a la psicología en todos los ámbitos de la cultura, y el derecho que se le otorga a decidir sobre los problemas más fundamentales del hombre.

Pero para estas corrientes de psicología el hombre no es persona, desaparece bajo las circunstancias superficiales que lo separan de su ser. Graves consecuencias tiene esto en el orden

¹⁹ *Ibidem*, p. 396.

²⁰ F. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro*, Centro Editor de Cultura, Madrid 1997, 46. «[Al psicólogo] le será lícito aspirar al menos a que la psicología vuelva a ser reconocida como señora de las ciencias, para cuyo servicio y preparación existen todas las ciencias. Pues a partir de ahora vuelve a ser la psicología el camino que conduce a los problemas fundamentales».

práctico, porque en la terapéutica psicológica no puede haber curación si no es de la persona. Porque es la persona la que se enferma y solo como persona puede recobrar la salud. Los «dobletes», lo «Otro», el lado oscuro que obra en nosotros, las palabras vacías, la vida ficticia y teatral, etc., no son más que formas patológicas en que el hombre podría decirse que se «despersonaliza», porque pierde la unidad personal.

El Papa Pío XII —que se ha ocupado especialmente del tema de la psicología con todos los errores que ya se evidenciaban en el siglo veinte— define la personalidad como: «unidad psicósomática del hombre en cuanto determinada y gobernada por el alma²¹». Vemos que consideró como fundamental para la psicología el tema de la *unidad* pues afirma que esta se realiza en el hombre con su trascendencia, con su tendencia a Dios. Es el fin, y concretamente el fin último, el que realiza la plena unidad de la persona y su ordenación jerárquica, o sea, que todas las potencias inferiores sean gobernadas por el alma racional, guiadas por la recta razón, que es lo propio de la salud mental.

Afirma S. S. Pío XII:

El hombre es una unidad y un todo ordenados; un microcosmos, una especie de estado cuya ley fundamental, determinada por el fin del todo, subordina a este mismo fin la actividad de las partes según el verdadero orden de su valor y de su función. [...] Se ha creído que había que acentuar la oposición entre metafísica y psicología. ¡Cuán equivocadamente! Lo psíquico pertenece también al dominio de lo ontológico y de lo metafísico²².

²¹ Pío XII, XIII Congreso Internacional de Psicología Aplicada, n. 2.

²² *Ibidem*, n. 6.